

[www.elboomeran.com](http://www.elboomeran.com)



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# EL PAÍS DE LAS RANAS PINA ROTA FO

TRADUCCIÓN DE MIGUEL ROS GONZÁLEZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2019  
TÍTULO ORIGINAL: *Il paese delle rane*



Co-funded by the  
Creative Europe Programme  
of the European Union

© Pina Rota Fo, 1978  
© de la traducción, Miguel Ros González, 2019  
© Errata naturae editores, 2019  
c/ Alameda, 16  
28014 Madrid  
info@erratanaturae.com  
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-13-0  
DEPÓSITO LEGAL: M-18712-2019  
CÓDIGO BIC: FA  
IMAGEN DE PORTADA: © Tyto Alba, *After Miró*, 2019  
MAQUETACIÓN: Sara Pintado  
IMPRESIÓN: Kadmos  
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Mi padre era un *perdapè*, un «pierdepiés». Así se llamaba en la Baja Lomellina a los pequeños arrendatarios que trabajaban su parcela muchísimas horas al día, incluso los domingos, con tanto esfuerzo que se dejaban los pies, consumidos, en la tierra.

Aún era un chiquillo cuando su familia, cruzando el Po, llegó a Sartirana desde las colinas piamontesas de Langhe.

Mi padre se jactaba de ser piamontés, y al hablar intercalaba el dialecto de Monferrato y de Lomellina, un poco ostrogodo, con el italiano.

Había llegado hasta segundo de primaria, y de aquella manera... Sólo iba al colegio en invierno, y nos contaba que todos los días tenía que llevar un haz de leña para calentar el aula y secarse los pies mojados.

Pero sabía leer y escribir. Tenía pasión y curiosidad por aprender.

Trabajaba la tierra como un condenado: era el primero en llegar y el último en marcharse. En verano, de sol a sol.

En las largas tardes de invierno descansaba.

Los sábados por la noche invitaba a casa a sus amigos: al doctor Camelli, el veterinario, al señor Camillo Nigra y al encargado de la granja principal, la Chietamai<sup>1</sup>.

Nuestra casa, el establo y los soportales estaban encas-trados en el enorme cuadrilátero de la granja.

Delante de la casa se encontraban el patio, con la era al fondo, el estercolero, el gallinero, la letrina, construida con auténticos ladrillos, el huerto y un gran jardín con frutales.

Quizá en su momento nuestra casa perteneciese a otra propiedad, o al encargado de la granja, porque bas-taba cruzar unos soportales para llegar a la Chietamai.

Mi padre tenía la costumbre de dar banquetes los sá-bados.

El plato fuerte eran los cardos empapados en *bagna cauda*<sup>2</sup>.

Hablaba de todo con sus amigos, y juntos levantaban la voz y el codo.

Él ponía la mesa y preparaba la salsa con mucho esme-ro, y mi madre y nosotros no podíamos ni respirar.

Los niños nos quedábamos alrededor de la estufa de hierro fundido, o con los codos en la mesa de la cocina, hasta que nos entraba el sueño.

Nuestra cocina, en la planta baja, era enorme, y por una escalera interior se subía a las dos habitaciones grandes,

<sup>1</sup> Chietamai, del italiano *non quietarei mai*: «la que no para quieta». Sobrenombre que recibe la propiedad de la familia Nigra para ilustrar su actividad incesante. (N. del T.).

<sup>2</sup> Plato típico del Piamonte, consiste en una salsa hecha con aceite de oliva, ajo y anchoas en un recipiente de terracota, en la que se mojan todo tipo de vegetales (crudos y cocidos), sobre todo cardo, repollo o remolacha. (N. del T.).

de una pasabas a la otra. Mamá nos llevaba a la cama tran-quilamente, en silencio; al más pequeño en brazos.

*La pite con i sò pulsi*, decía entre risas mi padre, en dia-lecto: la gallina con sus polluelos.

Precisamente en una de esas veladas mamá tropezó por las escaleras con su hijo menor en brazos. Cayó ro-dando con Amelio, que tenía dos años. Los más peque-ños aún íbamos por los primeros peldaños. Amelio rebotó como una pelota de goma, pero la peor parte se la llevó mamá, que estaba gorda y embarazada de siete meses.

Entonces empezaron las carreras y el griterío. El ve-terinario, un hombretón rollizo, la levantó en brazos y la llevó a la cama, y fueron corriendo a buscar al médico, y a la comadre (así se llamaba en mi zona a la matrona que ayudaba a las parturientas). Las mujeres de la Chietamai, al oír nuestros gritos, vinieron a ver qué pasaba.

El recuerdo de aquel alboroto en casa está borroso: no sabría decir dónde ni cómo pasé la noche. Era muy pe-queña.

Me dijeron que la comadre había sacado a dos niños.

La casa, que normalmente rebosaba de alegría, se su-mió en el silencio. Todos íbamos de puntillas; nos pasába-mos horas y horas pegados a la estufa. El médico siempre estaba por allí; las mujeres iban y venían. Mi hermana ma-yor nos hacía rezar en voz baja. Dios escucharía nuestras súplicas, mamá no podía, no debía morir: éramos siete hijos, aún muy pequeños.

Clementina, la mayor, nos compró unos pequeños ro-sarios, los llevó a la iglesia para que los bendijesen y nos

dio uno a cada uno. Yo no sabía rezar sola, y metía el rosario debajo de la almohada.

Los recién nacidos, a los que vi unos días después, parecían dos conejos despellejados. Allí estaban, con esas caritas rosadas, en sus «moisés»: unos cojines bordados. Las bolsas de agua caliente, a su alrededor, formaban una especie de aureola.

Las mujeres subían y bajaban las escaleras con calentadores y cuencos de brasas para caldear la habitación, que estaba fría. Dejaban los zuecos en el primer peldaño. En la estufa y la chimenea, la leña ardía sin parar. Mamá seguía muy enferma, el médico dijo que tenía pulmonía. Había que esperar a que «superase la semana». Fueron siete días de angustia y terror.

Clementina la tenía tomada con mi padre, y se pasaba el día refunfuñando: «Es todo culpa suya...».

Para mí, en cambio, la culpa era de Amelio: tenía dos años y podía subir perfectamente las escaleras él solito.

Además, ¿cómo se le había ocurrido a la comadre sacar a los dos niños sabiendo que mamá ya estaba tan enferma? No era el momento oportuno, podía esperar. Era una tonta, eso es lo que era...

Mamá ni siquiera miraba a los niños.

Cuando me acercaba a la cama de matrimonio, levantaba la mano con gran esfuerzo para hacerme una caricia y los ojos se le llenaban de lágrimas.

Los gemelos vivieron: el primero doce días; el segundo, diez. La noche horrible en que mamá estuvo a punto de morir, vino el cura y los bautizó. Mi padre fue al

ayuntamiento para registrarlos: el primero se llamó Ottavio Giuseppe; el segundo, Giuseppe Amedeo.

Mamá superó la crisis, pero aún estaba tan enferma que no lloró. Se llevaron a aquellos dos bultitos, uno tras otro. Mi padre organizó dos funerales con dos días de diferencia, con un cura, dos sacristanes y nosotros, los niños, detrás.

Habían llegado a escondidas, como quien dice, y a escondidas se fueron.

Ninguno de nosotros lo sentimos. Sólo mi padre sufrió. Nos dimos cuenta cuando Clementina dijo en voz alta en la cocina:

—Menos mal, ya se ha ido uno; el otro no tardará.

Mi padre, que la había oído, la agarró y la cosió a bofetadas.

—Desgraciada, como tú estás viva te alegras de que ellos mueran.

Clementina no lloró. En cuanto mi padre, hecho una furia, salió de casa, ella se quitó el vestido y lo arrojó por la puerta.

—¡Que sepas que tus palos nunca me escocerán tanto como criar a dos hijos tuyos!

Mi hermano Marcello, que era el segundo y a la sazón tenía casi catorce años, se le acercó con el vestido, que había recogido del patio.

—Póntelo, que hace frío. Yo estoy de tu parte.

—Pero tú, que eres hombre, no has hablado.

Marcello jamás le habría llevado la contraria a mi padre. Mi padre mandaba y los demás obedecíamos.